

## ***7. El Amor: la fuerza que lo explica todo, lo transforma todo y lo eleva todo***

1 Corintios 13:1-7

1 Juan 4:9-10

Proverbios 15:32

El amor es la energía esencial de la vida, su motor más profundo y su razón de ser. No es solo un sentimiento bonito, ni una emoción pasajera: es la causa original de la creación, el impulso que da sentido a cada acción valiosa y la clave que convierte cualquier esfuerzo en algo eterno, auténtico y lleno de propósito. Sin amor todo queda vacío; aun los mayores logros terminan sonando como un metal que chirría o un ruido sin armonía.

Pero ¿qué es realmente el amor? No es una idea sencilla. La misma palabra sirve para nombrar muchas experiencias distintas. Podemos identificar varios tipos — el romántico, el familiar, el fraternal —, pero nos interesa especialmente uno: el amor *ágape*, el amor que no nace de la emoción, sino de la decisión.

Es un amor que no depende de la atracción, ni del parentesco, ni de afinidades o gustos compartidos. Es una forma de ser, una manera de mirar, tratar y responder a las personas desde una voluntad deliberada de hacer el bien. Es el amor que Dios derrama primero —un amor que no se merece, pero que transforma— y que ahora somos llamados a reflejar.

Este amor no va a fluir espontáneamente; se decide. Y como se decide, también se cultiva. Podemos mencionar algunas de sus características.

El amor soporta defectos, es paciente con las debilidades ajenas y reconoce que el mundo no gira alrededor de uno mismo.

El amor obra correctamente, pero no desde el capricho sino desde el discernimiento: no da siempre lo que el otro quiere, sino lo que necesita para crecer. A veces amar implica corregir, poner límites, acompañar con firmeza o educar.

El amor tampoco busca interés propio. No es una estrategia para ganar aprobación, ni un intercambio de favores. El amor verdadero no exige que todo sea para uno, sino que desea el bien del otro. Y eso hace que uno deje de ser hipersensible, que ya no quede atrapado por ofensas pequeñas, ni por palabras que antes herían con facilidad. Amar genera inmunidad al enojo, al rencor y al resentimiento. El amor limpia el corazón. Lo pacifica. Lo ensancha.

En ese mismo proceso, el amor renuncia a llevar un registro de agravios. No guarda listas de ofensas ni colecciona injusticias para exigir compensación. El

amor perdona. Y al perdonar, libera: libera al otro, sí, pero sobre todo te libera a ti, porque apaga el fuego del rencor que destruye desde dentro.

El amor también se alegra con la verdad —no la verdad fría, sino la verdad que es sinónimo de justicia y de bien—. Se aparta del engaño, de la malicia, de la mentira. No se alegra del mal ajeno ni del triunfo de lo injusto. Tiene compasión, misericordia, respeto, dignidad hacia el otro. Cree lo mejor, espera lo mejor, aguanta lo necesario.

El amor es, en esencia, una manera de mirar la vida desde la esperanza, no desde el juicio.

Finalmente, el amor es el camino de la excelencia. Puedes prosperar, acumular bienes, ascender profesionalmente... pero si no amas, nada de eso te hará realmente feliz. En cambio, quien ama —aunque tenga menos— florece, porque vivir amando te conecta con tu diseño original, con tu razón de ser y con lo mejor de ti. Amar te hace un canal de bendición, un sembrador de paz, un generador de vida.

El amor no es una emoción frágil. Es la decisión más poderosa que puedes tomar. Porque al final, el amor no solo mejora la vida: la transforma por completo.